

EL HOMBRE BUENO

Maxi Rodríguez

Lo escribía ayer nuestro amigo común Txema Blasco: “La persona más importante, humilde, compañero y amigo que he conocido en toda mi vida.” Se sumaba así al montón de voces dolientes, abatidas por la trágica partida de Alex. Santiago Segura: “No se podía ser mejor tipo”. José Coronado: “No he conocido un corazón tan grande”, Alejo Sauras: “Persona buena, buena, de verdad...” Pocas veces, en una profesión tan dada a la impostura y al fariseísmo, los elogios son tan certeros y reflejan con tanta precisión la realidad.

Alex era esencialmente eso: el hombre bueno. El compañero solidario, el amigo leal, la sencillez hecha persona, todo amor y generosidad.

-Alex, por favor, habla conmigo.

-¿Qué?

-Le he dicho a esas chicas que te conocía. Habla conmigo, por favor.

Y allí estaba Alex, dándole conversación a un punto filipino que le había entrado en mitad de la calle, para que el brioso mozalbete no quedara mal con unas chavalas, dándole bolilla, así, sin conocerle absolutamente de nada, sólo por hacerle un favor. Seguías a su lado caminando por Gran Vía y notabas a cada paso la grandeza del pequeño hombre bueno sobrellevando con resignación su enorme popularidad. “¡Ahí va el pollo de El Día de la Bestia!”, le gritaba la muchachada. “¡Blas, Blas. Eres el mejor!” Y Alex agachaba la cabeza como queriendo pasar desapercibido, abrumado por el efecto irremediable del curro televisivo.

De su indiscutible valía artística, su gran versatilidad como actor, sus personajes imborrables o su meritoria filmografía seguirá hablándose mucho tiempo. La crítica especializada le ha otorgado esa etiqueta discutible de “secundario de lujo”. Para mí siempre será un protagonista con menos papeles principales de los que, en justicia, le correspondían. De su enorme calidad humana y su “insultante” humildad podemos dar fe quienes, a lo largo de la vida, compartimos sueños y proyectos con él.

Aún recuerdo la cara de susto con que se presentó en el Teatro María Guerrero cuando yo le había citado para dirigirle en “Abogados”. Tan grande era su modestia que le tenías que decir: “Que esto no va así, Alex, que soy yo el que tiene que estar nervioso, tío, por tener el privilegio de currar contigo.”

Nos habíamos conocido muchos años antes en la última época de “Karraka”, grupo emblemático del teatro independiente (junto a su compadre Ramón Barea), luego compartimos unos cursos en la Sala Beckett de Barcelona con Sánchis Sinisterra, y a partir de ahí este oficio de puteo diario y agraviados permanentes, me brindó la suerte de encontrarme con el hombre bueno en teatros, películas y series.

Tantos favores, tanto apoyo, tanta generosidad... Su forma de entender la profesión, alejado de absurdas vanidades, siempre a favor de obra, siempre dispuesto a ayudar a los demás, debería ser un referente para todos los actores, en este caótico mundo de egos e inacabables muestras de insolidaridad. Alex colaboraba desinteresadamente con cineastas imposibles, proyectos marcianos, cualquier cortometrajista que se le ofrecía... “Mayda me dice que ya no tendría que hacer cortos, pero siempre se aprende, ¿no?”, comentaba el hombre bueno como si –por alguna extraña razón- se hubiera grabado a fuego aquello de “Sé bondadoso con todos cuando subas; los encontrarás a todos cuando bajas.”

Pero no, Alex. Tú ya no bajas, tío. Tus amigos siempre te tendremos en ese puñetero pedestal, un corazón enorme, tan difícil de alcanzar... Y esta tarde, desde ahí arriba, no se te ocurra ponerte colorado cuando la platea del Teatro Campos Elíseos te rinda su calurosa ovación. Te lo has buscado, tío. Al menos, consuélate pensando que en el patio de butacas, agarradita a Juantxu y a Mayda estará Dodó, y que tiene todo el derecho a enterarse de que su papá ha sido un hombre bueno. Muy bueno. El mejor.